

LAS FOTOS QUE NO HICE

Hay lugares a los que una vuelve sin saber exactamente por qué.

Durante muchos años pensé que Bélmez de la Moraleda había sido solamente eso: el pueblo de mis veranos. Un paréntesis entre junio y septiembre. Una colección de recuerdos adolescentes que el tiempo terminaría colocando en el mismo cajón que las canciones que ya no escuchamos, la ropa que dejamos de ponernos o aquellos nombres que juramos que jamás olvidaríamos.

Me equivoque. Volví veintidós años después.

Para entonces había aprendido muchas cosas. A trabajar. A querer. A construir una vida. También había aprendido a perder y esa forma extraña de seguir respirando cuando la persona con la que compartías vida deja de existir.

Lo que todavía no había aprendido era a regresar.

La propuesta llegó unas semanas antes.

El Ayuntamiento quería preparar una exposición fotográfica sobre los jóvenes de Sierra Mágina: sus inquietudes, sus proyectos, la posibilidad de marcharse, quedarse o volver. Querían retratos, historias y paisaje.

—Pensamos que tú podrías hacerlo.

Acepté casi sin pensarlo.

Quizá porque llevaba demasiado tiempo fotografiando la vida de los demás para no mirar la mía, quizá porque necesitaba escapar de mi ciudad, o quizá porque algunos lugares empiezan a llamarte mucho antes de que seas capaz de escucharlos.

* * *

La abuela Mama seguía viviendo en la misma casa.

Mama. Sin tilde.

Nunca supe muy bien por qué la llamábamos así, pero pronunciar aquel nombre después de tantos años me devolvió de golpe a los once.

Entré por la cochera. Allí seguían la cocina campera, los sofás y aquella mesa enorme alrededor de la que parecía caber una familia entera.

Durante los veranos comíamos y cenábamos allí porque siempre hacía fresco. Fuera podía caer agosto a plomo sobre las calles; dentro, sin embargo, parecía sobrevivir otro clima.

Abrí el grifo. Dejé correr el agua unos segundos y acerqué las manos, estaba helada, se me escapó una leve sonrisa.

—Sigue igual.

La abuela Mama me miró como si no entendiera qué esperaba encontrar.

El agua bajaba de la sierra. De pequeña me parecía imposible que, en pleno agosto, pudiera salir así de fría. Bebí. Hay sabores capaces de recordar por nosotros.

Subí después a la casa. Reconocí habitaciones, muebles y objetos que mi memoria había conservado mucho más grandes de lo que realmente eran. Y allí estaban también ellos, los santos. Vírgenes, Cristos, estampas y pequeñas esculturas religiosas ocupando muebles y paredes en diferentes momentos de sus vidas, martirios y milagros.

De niña me daban un poco de miedo. De adulta descubrí que también.

—Veo que siguen todos.

La abuela Mama se rio.

Dejé las maletas y salí a caminar. No cogí la cámara, aún no era el momento. Antes de fotografiar aquel lugar necesitaba volver a mirarlo.

* * *

Llegué por primera vez a Bélmez con once años.

Venía con mi hermana, dieciséis años mayor que yo, y con sus hijos. Ella era hermana, madre, guardiana y, cuando la ocasión lo requiera, una especie de servicio secreto encargado de averiguar por dónde andaba. Aunque no siempre lo conseguía.

Pasaba las tardes andorreando por el pueblo con un grupo de amigas que también regresaban cada verano. Nos encontrábamos en el parque del Nacimiento. Todavía puedo escuchar el agua de la cascada mezclándose con nuestras voces. Bajábamos por el paseo hablando de todo y de nada. Nos contábamos las historias de nuestras ciudades como si durante el invierno hubiéramos recorrido medio mundo. Amores que apenas eran amores, enfados que duraban dos días, secretos que entonces parecían capaces de cambiar nuestras vidas.

Después subíamos hasta la plaza de la Iglesia para entrar en La Bodega. Aquella pequeña tienda tenía algo extraordinario: parecía contener todo cuanto podía necesitar un ser humano. Nosotras sólo necesitábamos un refresco y una bolsa de pipas, con eso nos bastaba.

Los años fueron pasando. Llegaron la verbena de las fiestas, el Disco Blas, El Estudio y aquellas primeras noches en las que empezábamos a sentirnos adultas sin tener la menor idea de lo que significaba serlo, y llegó el Zurreón.

El Zurreón, aquella calle a las afueras, la clandestinidad y la libertad reunidas en un mismo lugar, al menos para nosotras. Una noche decidimos llegar hasta allí sin que nadie nos descubriera. No existían teléfonos móviles ni ubicaciones compartidas. Si querías encontrar a alguien, tenías que saber dónde estaba. Y si querías que no te encontraran, tenías que ser bastante más lista que sus padres.

Nosotras creíamos serlo.

Diseñamos una ruta digna de una operación de espionaje: abandonar la calle principal, escondernos por las perpendiculares, comprobar que nadie conocido aparecía y avanzar poco a poco hacia las afueras. El plan era perfecto. Hasta que aparecieron los padres de una de mis amigas, no recuerdo exactamente qué nos dijeron, si recuerdo esa bronca monumental, y recuerdo haber aprendido una de las leyes fundamentales de la vida en un pueblo: “allí no hacía falta pertenecer a una familia para que te cayera una buena bronca”.

Durante mucho tiempo pensé que la libertad había sido aquello, escaparnos. Reír. Creer que nadie sabía dónde estábamos. Años después descubriría que la libertad era algo bastante más complicado.

* * *

A la mañana siguiente preparé el equipo fotográfico, mis compañeras de batallas, la EOS R5, la EOS R, el Sigma 85 mm, los Canon 24-70 y 70-200. Coloqué las dos cámaras en el arnés, siempre trabajo así, me gusta cambiar de focal sin romper el momento.

Pero antes de fotografiar a una persona necesito hablar con ella. Una cámara puede convertirse en una pared cuando quien está detrás tiene demasiada prisa, yo prefiero escuchar, dejar que la persona se olvide poco a poco del objetivo, buscar la luz perfecta; me gustan los días nublados y los últimos minutos de la tarde, cuando el cielo hace el trabajo por nosotros y suaviza las sombras de los rostros.

Después espero, todos tenemos un gesto que nos hace únicos, una manera de sonreír, de mirar, de colocar las manos... Mi trabajo consiste en encontrarlo.

El primer nombre de mi lista era Lucía.

Treinta y cinco años. Ingeniera agrónoma. Había estudiado fuera y trabajado durante años en Sevilla. Nos encontramos entre olivos al final de la tarde.

Mientras montaba el 85 mm le pregunté por qué había vuelto.

—Mi padre enfermó.

Bajé la cámara mientras Lucía siguió hablando.

Su padre había dedicado toda la vida al olivar.

—Siempre me decía: “Estudia para que no tengas que vivir de esto”.

Y ella había estudiado y se había marchado. Cuando él enfermó regresó pensando que sería temporal. Unos meses. Quizá un año, pero empezó a mirar aquellas tierras con los conocimientos que había adquirido fuera. Modernizó parte de la explotación, introdujo nuevos sistemas, buscó otras formas de comercialización.

Lo que para su padre había sido una forma de sobrevivir podía convertirse para ella en un proyecto.

—¿No te dio miedo volver?

Lucía sonrió.

Ese era el gesto.

Levanté la cámara.

Clic.

—Más miedo me daba quedarme en un trabajo que no me hacía feliz.

Volví a disparar.

Clic.

No lo sabía todavía, pero Lucía acababa de desmontar la primera de mis certezas.

* * *

Para llegar a uno de los puntos desde los que quería fotografiar el paisaje tomé la carretera que salía del pueblo, reconocí el camino casi inmediatamente, la piscina municipal. De adolescente había recorrido aquella carretera entre olivares muchas mañanas con mis sobrinos. Diez minutos o quizá quince, dependía del calor y de cuántas veces protestaran por el camino.

Los llevaba a clases de natación. Ellos se metían en aquella agua helada y yo me instalaba en el césped con mi amiga Laia. Mientras mis sobrinos se congelaban obedeciendo al monitor, nosotras nos pasábamos la mañana riendo. No sé de qué hablábamos, eso es lo curioso de los recuerdos, olvidamos las conversaciones y conservamos perfectamente la risa.

Detuve el coche. A un lado y otro, los olivos. Cogí la cámara, pero antes de mirar por el visor me quedé unos segundos observando, entonces lo entendí, el futuro duraba exactamente lo mismo que una mañana de agosto.

No había que decidir dónde vivir, ni qué ser, ni con quién construir una vida, mucho menos cómo reconstruirla si algún día se rompía. Solo había que conseguir que los niños salieran de la piscina, regresar al pueblo y llegar a tiempo para comer en aquella mesa enorme de la cochera.

Y nos parecía suficiente.

* * *

Juan tenía veintinueve años y regentaba con su mujer una pequeña tienda de comestibles.

Cuando llegué estaba colocando unas cajas de fruta en la entrada.

—¿Dónde quieres que me ponga?

—En ningún sitio todavía.

—Chas.— Se rio.

Durante casi veinte minutos no hice una sola fotografía, hablamos. De la tienda, de sus padres, de los proveedores, de lo difícil que era mantener abierto un pequeño negocio, de los vecinos mayores que seguían comprando allí porque podían pedir medio kilo de cualquier cosa y quedarse después diez minutos hablando.

Me contó que muchos de sus amigos se habían marchado, Granada, Málaga, Madrid, Valencia... Algunos volvían los fines de semana, otros sólo en fiestas.

—¿Y tú nunca pensaste en irte?

Juan dejó una caja sobre el mostrador y me miró.

—¿Tú nunca pensaste en quedarte?

No esperaba la pregunta, durante unos segundos ninguno dijo nada.

Entonces levanté la cámara.

Juan seguía mirándome.

Clic.

Su retrato terminó siendo uno de mis favoritos, no porque fuera técnicamente perfecto, sino porque cada vez que lo miraba volvía a escuchar aquella pregunta.

¿Tú nunca pensaste en quedarte?

* * *

María fue la última. Treinta y dos años. Cardióloga.

Vivía y trabajaba en Granada.

—Entonces tú eres la que se fue —le dije mientras caminábamos.

Nada más pronunciarlo supe que me había equivocado simplificando demasiado su historia.

María sonrió.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que entiendas por irse.

Volvía siempre que podía, sus padres seguían allí, algunos amigos también. Conservaba su habitación y todavía utilizaba la expresión “voy a casa” tanto cuando conducía hacia Granada como cuando regresaba a Bélmez.

—La gente habla de marcharse como si fuera una puerta que cierras detrás de ti —me dijo—. Yo nunca me he ido del todo.

La fotografié en el parque del Nacimiento, monté 70-200 (aquel que tanta libertad me daba) y me alejé, quería que estuviera ella, pero también quería el agua, la cascada, el lugar.

Esperé.

Alguien la saludó desde lejos, María se giró y sonrió.

Clic.

Y durante una fracción de segundo dejé de verla, vi a cuatro muchachas, nos vi allí. Comiendo pipas, contándonos secretos, convencidas de que aquello duraría siempre.

Bajé la cámara.

Quizá María tenía razón, quizá marcharse nunca había significado irse del todo.

* * *

Aquella noche busqué fotografías antiguas en casa de la abuela Mama. aparecieron cajas, álbumes y sobres. Imágenes desenfocadas, ojos rojos, horizontes torcidos, encuadres imposibles, fotografías técnicamente terribles y absolutamente maravillosas. Entonces apareció, la fotografía, Isa estaba descolocada, como si alguien hubiera disparado un segundo antes de que consiguiera colocarse, Ché me agarraba del brazo, M^a Ángeles estaba en su mundo, Y yo me reía, me reía muchísimo.

La observé primero como fotógrafa. Error. La fotografía no tenía nada que analizar, la luz no importaba, ni el encuadre, ni la técnica, ni siquiera recordaba bien quién había pulsado el disparador. Pero después de tantos años intentando conseguir fotografías perfectas comprendí que habría cambiado muchas de ellas por haber hecho aquella.

Porque ninguna de mis cámaras podía fabricar lo que había en esos cuatro rostros, la absoluta despreocupación por el futuro.

Me senté con la fotografía entre las manos, a los dieciocho conocí a alguien en mi ciudad, después llegó la vida, dejé de volver aquel verano, luego otro, y otro...Cada vez necesitaba menos Bélmez. Eso Pensaba. Veintidós años después había regresado tras perder a la persona con la que había compartido mi vida. Había vuelto buscando refugio precisamente al lugar que durante años había considerado innecesario.

Miré de nuevo a aquella muchacha que se reía, no sabía nada, no sabía a quién iba a amar, lo que iba a perder, no sabía que algún día viviría detrás de una cámara, no sabía que la vida podía ser terriblemente cruel e inmensamente hermosa casi al mismo tiempo. Solo se reía, y sentí una ternura enorme por ella.

Entonces recordé a Juan. *¿Tú nunca pensaste en quedarte?*

* * *

La exposición se inauguró unas semanas después.

La titulé:

“MI FUTURO TAMBIÉN ESTÁ AQUÍ”.

No escribí grandes textos, no quería convertir aquellas vidas en estadísticas, no quería hablar de despoblación, oportunidades o mundo rural utilizando palabras que podían encontrarse en cualquier informe. Quería hablar de personas.

Lucía aparecía entre los olivos. Debajo de su fotografía:

“NO VOLVÍ PORQUE FRACASÉ”.

Juan estaba detrás del mostrador. Debajo:

“NO ME QUEDÉ PORQUE NO PUDIERA IRME”.

María sonreía junto al Nacimiento. Debajo:

“PERTENECER NO SIEMPRE SIGNIFICA QUEDARSE”.

Y al final de la sala coloqué una fotografía más, la única que yo no había hecho, aquella fotografía de adolescencia. Cuatro amigas, una de ellas riéndose como si el futuro no existiera.

Debajo escribí: *“ELEGÍ ESTE LUGAR”.*

La gente recorrió la sala, algunos reconocían a los protagonistas, otros se detenían delante de las frases, yo los observaba desde el fondo. Durante años había pensado que el futuro era algo que estaba fuera, fuera del pueblo, de la adolescencia, fuera de todo aquello que ya conocíamos. Lucía había salido y había vuelto, Juan había decidido quedarse, María se había marchado sin dejar de pertenecer. Ninguno había acertado, ninguno se había equivocado. Simplemente habían elegido.

Quizá de eso se trataba, de que marcharse no fuera una obligación, de que quedarse no pareciera un fracaso, de que regresar tampoco lo fuera, de poder elegir.

* * *

Cuando terminó la inauguración caminé sola paseo arriba hasta el parque del Nacimiento, me senté, el agua seguía cayendo, cerré los ojos.

Durante unos segundos escuché nuestras risas, y entonces apareció otra vez la pregunta de Juan.

—¿Tú nunca pensaste en quedarte?

Esta vez sí tenía una respuesta, ojalá me hubiera quedado. El pensamiento me sorprendió por su claridad, quizá mi vida habría sido más sencilla, tal vez habría esquivado algunos caminos y, con ellos, el dolor más grande que había conocido. Quizá.

Pero comprendí enseguida la trampa, si me hubiera quedado, aquella no habría sido mi vida, habría sido otra vida, no habría conocido el amor, no habría conocido a personas que terminaron formando parte de mí, no habría construido todo lo que construí.

Quizá tampoco habría descubierto que podía levantarme después de creer que nunca volvería a hacerlo. Durante mucho tiempo pensé que la vida me había arrebatado el futuro que debía tener, ahora empezaba a comprender que quizá nunca había existido un único futuro.

Había caminos, algunos los elegimos, otros nos eligen a nosotros. Pensé otra vez en aquella fotografía, por un instante tuve ganas de entrar en ella, sentarme al lado de aquella niña y advertirle de tantas cosas, decirle que no tuviera prisa por crecer, que volviera más veces, que abrazara más fuerte, que algunas personas no estarían siempre, que guardara determinados instantes porque un día daría cualquier cosa por regresar cinco minutos a ellos.

No quería salvarla de su futuro, quería decirle que siguiera riéndose, porque iba a perder, pero también volvería a amar. Iba a tener miedo, pero sería muy valiente. Y muchos años después descubriría algo que entonces todavía no podía saber: que seguía allí.

Que sabía quién era, que sabía lo que quería, y que todavía era capaz de elegir.

Abrí los ojos.

El agua seguía cayendo, desde algún lugar llegó un olor dulce.

Melocotones.

Sonreí.

—Sí, Juan —dije en voz baja—. Muchas veces.

Me levanté y emprendí el camino de vuelta. No sabía si aquella respuesta significaba que quería quedarme, tampoco necesitaba saberlo, por primera vez entendí que regresar no era desandar el camino, también podía ser una forma de seguir avanzando.